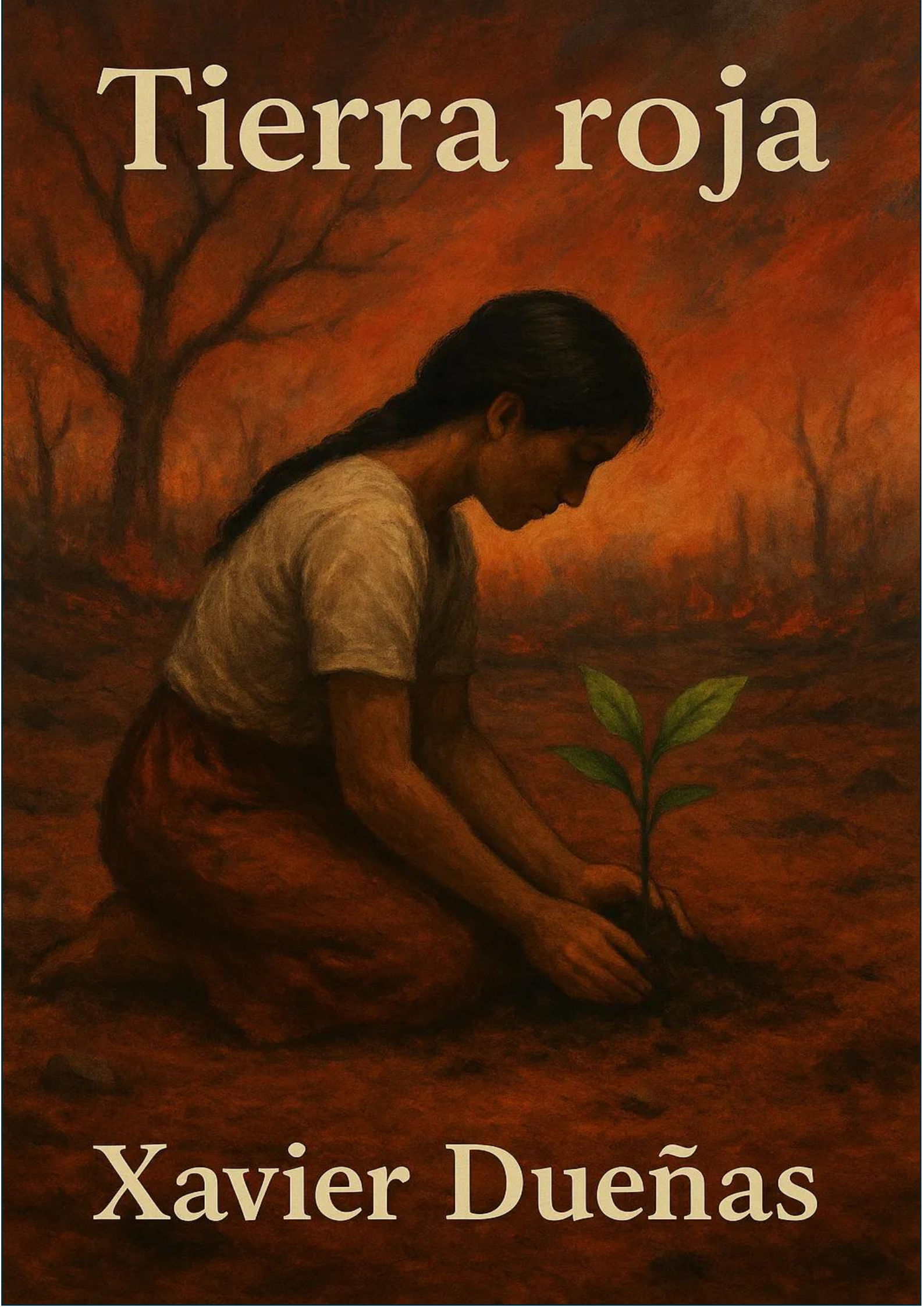


Tierra roja



Xavier Dueñas

Nota del autor

Este relato nació de una imagen: una mujer arrodillada en la tierra, plantando algo donde antes todo había sido fuego.

No me lo contaron, no lo vi en directo, pero lo he sentido muchas veces en el cuerpo: ese impulso de volver al origen, de tocar con las manos lo que queda, de responder con un brote donde antes hubo ceniza.

No escribí esta historia para explicar un conflicto, ni para señalar culpables, ni para levantar banderas.

La escribí porque creo en la raíz. Porque en un mundo que arranca, que olvida, que destruye lo que no comprende, hay gestos que, aunque pequeños, aunque callados, contienen una fuerza invencible.

Y porque hay pueblos —como el de Jacinta— que siguen sembrando incluso cuando ya no les queda tierra propia, que siguen cantando incluso cuando nadie escucha, que siguen diciendo "aquí" cuando todo les ha dicho "fuera".

Xavier Dueñas <https://xavierduenas.es>

Prólogo

A veces, el mundo parece dividirse entre lo que crece y lo que se rompe, entre lo que florece y lo que arde. Pero hay un tercer espacio, más profundo y menos visible, donde lo roto aprende a crecer de nuevo. No como antes, no igual, pero sí con una firmeza nacida del dolor.

Esta historia sucede en ese lugar.

Aquí no hay héroes ni milagros, y los finales siguen abiertos como heridas que aún respiran. Sólo una mujer que, después del humo, después del miedo, después del exilio, elige volver. Y al volver, elige no maldecir, sino sembrar.

Tierra roja

He vuelto sola, siguiendo el mismo sendero que tantas veces recorrí descalza, cuando la vida era un murmullo de hojas, de voces familiares, de tierra tibia entre los dedos. Hoy, aunque ya nada quede y el paisaje se haya vuelto irreconocible para los ojos, el cuerpo conserva su memoria, y es esa memoria la que me ha traído de regreso.

La mañana ha despertado con el aliento espeso que dejan las lluvias del norte: un vapor denso que asciende desde la tierra roja, con el fuego aun respirando en lo hondo, callado, oculto bajo las raíces calcinadas.

Camino despacio. Cada paso honra lo que fue, con respeto, con memoria, con la dignidad de un duelo consciente. Nadie me acompaña, pero no estoy sola. Los troncos caídos, las piedras ennegrecidas, las huellas confusas en el barro y el hueco donde estuvo la ceiba siguen aquí, y son también parte de mí, parte de lo que fuimos.

Aquí estaba mi casa. No necesito verla para saberlo. Hay una punzada antigua que se enciende en el pecho justo donde antes cantaba el gallo, chisporroteaba el fuego y reían mis hermanos, cuando aún no conocíamos el miedo. No hay paredes, ni restos del fogón donde mi madre cocía el atol, pero queda esa forma invisible que deja lo amado al desaparecer, como la estela de una estrella apagada que sigue viva en la memoria del cielo.

Me acerco al claro donde la ceiba se alzaba como madre antigua, con su tronco vasto y su sombra redonda. En su lugar, encuentro una herida: un hueco abierto, una boca muda que no ha dejado de gritar. La tierra que un día sostuvo aquellas raíces palpita todavía, tibia, roja y fértil, aguardando en su latido el regreso de las manos que algún día plasmaron nuestros nombres en su corteza rugosa y elevaron su copa hacia el cielo.

Acudo con la determinación de desafiar el llanto que arde tras los párpados y sostengo en mi pecho un fuego que trasciende la rabia incrustada como brasas bajo la piel, pues cada fragmento destruido perdura vivo en la memoria que alimenta el porvenir. Hay silencios que germinan, que persisten, que hunden raíces invisibles bajo el dolor y preparan el terreno para lo que ha de brotar.

Me detengo frente a lo que queda y dejo que la mirada repose sobre cada grieta, cada resto, cada forma rota que, en medio de la destrucción, conserva la huella de lo que fue. No hay

Tierra roja

árbol en pie, sombra que proteja, ni canto de pájaro que acompañe, pero hay señales. Un lenguaje mudo que la tierra intenta pronunciar con sus troncos calcinados, sus raíces desnudas, sus piedras ennegrecidas, que me miran y parecen saber que he vuelto, no para huir, sino para escuchar.

Sé que estas cicatrices no son solo de fuego. Son preguntas, advertencias, ruegos. La tierra no olvida lo que se le arranca. No perdona lo que se le impone. Y aunque no hable con palabras, se expresa con el temblor de sus hojas caídas, con el silencio de sus criaturas desplazadas, con el calor residual que me sube por las plantas de los pies y me dice que todavía es posible. Que mientras alguien recuerde, algo puede volver a crecer.

Dentro de mí hay una rabia callada como semilla que se niega a secarse, hay una ternura antigua: la que aprendí de mi abuela al acariciar las hojas, de mi madre al recoger las primeras flores caídas tras la lluvia, de la ceiba que no negó su sombra, ni siquiera al que venía a cortarla.

Abro con cuidado la bolsita que llevo entre el fajín, cosida a mano con tela vieja, y saco las semillas que guardé aquella noche en que todo ardía, cuando corrimos sin saber si volveríamos. Las he llevado como se lleva un amuleto, una promesa, un pedazo del alma que uno no puede olvidar.

Observo sus diminutas siluetas, opacas y en reposo, pero colmadas de vida latente; al contemplarlas, percibo cómo los ojos de la tierra se abren y me devuelven la mirada, convocando un encuentro y ofreciendo una nueva oportunidad.

Extiendo las manos sobre el suelo tibio, dejándome imbuir por la energía latente que sube desde las profundidades, como un susurro antiguo que recobra vigor en cada partícula de barro; mi aliento se funde con el pulso de la tierra y descubro en esa comunión la promesa de un renacer silencioso, la certeza de que en ese lecho generoso germinan las semillas de futuros encuentros, de raíces que, al enroscarse de nuevo, sostendrán sueños aún no imaginados y tejerán en lo invisible la trama de nuevos comienzos.

Dejo que los dedos se hundan sin violencia, con el cuidado que se tiene al tocar lo sagrado. Al hundir las palmas en la corteza reseca y notar el latido cálido de la savia fluyendo bajo mis dedos, descubro que las cicatrices sanan únicamente con la cercanía constante, el roce tierno de una mano amiga y el cuidado paciente que restaña cada grieta.

Aún no planto nada. No porque no quiera, sino porque hay momentos en que la acción verdadera no está en hacer, sino en marcar un sitio con la mirada, con el cuerpo, con la

Tierra roja

respiración serena de quien decide esperar. De quien elige no huir. De quien sabe que todo árbol, antes de brotar, necesita ser deseado, imaginado, prometido en silencio.

Aquí —pienso sin decirlo—, aquí volverá a crecer algo. No sé cuándo, ni con qué fuerza, ni si lo veré. Pero sé que este lugar guarda la memoria de lo que fue. Y que, si uno se arrodilla con humildad, si toca la tierra con respeto, si respira con el alma abierta, entonces la tierra escucha. La tierra acoge. La tierra responde.

Y así me quedo, un momento más. Con la mano hundida. Con los ojos cerrados. Con la certeza callada de que, aunque todo haya sido reducido a ceniza, hay vida esperando bajo la superficie. Hay raíces que recuerdan el camino.

MEMORIA DE LAS RAÍCES

Mientras retiro las ramas partidas, mientras separo la piedra del barro y aparto con cuidado las hojas secas que ya no volverán a brotar, la memoria se abre, lenta y suave, como una flor que vuelve a confiar en la luz tras el largo invierno. En ese movimiento casi sagrado, resuena en mí la voz de mi abuela, firme y dulce, entregándome los nombres de los árboles como quien revela secretos que no están escritos, pero que viven en la savia, en las raíces, en la sombra que cobija.

Pronunciaba nombres cargados de significado y señalaba con la certeza de quien traza un rumbo. Me llevaba al monte y, al detenerse frente a un tronco, me hablaba de sus usos, de sus señales, de sus silencios. En cada árbol reconocía una criatura viva, con su lenguaje, su historia, su medicina oculta en la corteza o una canción dormida entre las ramas.

Cada nombre venía cargado de algo más: un recuerdo de los antiguos, una advertencia sabia, un canto en lengua maya que se susurraba antes de cortar una rama. Sabíamos que la selva entregaba, pero también escuchaba. Que, al tomar, había que ofrecer algo: un pensamiento limpio, una palabra amable, una intención honesta.

Y ahora, mientras limpio el terreno, muchos años después del fuego, del miedo, de la pérdida, esos nombres regresan sin que los invoque. Han estado esperando en silencio, escondidos en mi sangre, y al oírlos de nuevo, no con los oídos, sino con la piel, con las manos que tocan y los pies que pisan, algo en mí se ordena, se afirma, se alza.

Porque, aunque el fuego devoró los troncos, aunque los madereros vendieron lo que no les pertenecía, aunque nos obligaron a irnos como extraños en nuestra propia tierra, las palabras

Tierra roja

no murieron. Permanecen vivas, latiendo por dentro como semillas resguardadas por el alma, como raíces tercas que se negaron a pudrirse y ahora, al ser nombradas otra vez, despiertan.

Mientras las manos despejan y los ojos reconocen, entre la maleza caída, las primeras señales de que la tierra aún respira, la memoria se adelanta a los gestos y dibuja con dolorosa precisión la forma en que vivíamos antes. No teníamos abundancia de lo que se mide en monedas, pero sí esa otra riqueza que no se cuenta, que se siente: la calma de lo necesario, la gratitud de lo compartido, la certeza de los ciclos y sus ritmos.

Tomábamos únicamente lo esencial, guiados por la certeza de que el monte merece respeto y descanso, conscientes de que las ramas se visten de flores en su momento justo, de que el cacao alcanza su plenitud cuando se le canta con paciencia y de que el bejuco ofrece su fruto al ritmo de su propia índole, de modo que cada corte se convierte en un acto de alianza con la selva, abonando con cuidado el terreno de futuras cosechas y preservando en cada savia el pulso vivo de la tierra.

Había turnos para recoger lo que el bosque ofrecía, y cada familia esperaba el suyo con paciencia. Sabíamos que lo que uno no alcanzaba, llegaría después. Que la tierra no olvida a quien la cuida. Que quien confía, no tiene urgencia. Por eso se rezaba antes de entrar, se pedía permiso, se hablaba en voz baja, se hacía silencio en el corazón para oír lo que los árboles querían decirnos.

No éramos pobres, aunque desde afuera así nos vieran. Aunque quienes llegaron con sus máquinas creyeran que podían comprarnos con promesas de trabajo y caminos de grava. No éramos pobres porque teníamos tiempo, teníamos calma, teníamos historia. Porque sabíamos leer el cielo, escuchar el murmullo de las hojas, curar con infusiones lo que otros curan con pastillas, resolver sin prisa lo que la vida pedía despacio.

Sabíamos, desde niñas, que la riqueza no está en lo que se acumula, sino en lo que se sostiene. Por eso cuidábamos el agua, la sombra, los silencios, los nombres de las plantas, los senderos que sólo los pies conocen, las historias que se contaban al caer la noche, cuando ya no quedaba nada por hacer salvo escuchar, salvo estar.

También recuerdo el día en que llegaron los primeros hombres extraños. No vestían como nosotros, no caminaban con los ojos atentos al monte ni con el corazón abierto a los ciclos de la tierra. Llegaron con botas manchadas de prisa, con machetes que brillaban al sol, con una mirada que no preguntaba, que no pedía permiso, que no reconocía lo sagrado en lo que nosotros siempre habíamos cuidado.

Tierra roja

Trajeron promesas veloces, papeles sellados, monedas nuevas que tintineaban como amuletos, motores ruidosos que ofrecían caminos, trabajo, progreso. Y hubo quienes escucharon, quienes creyeron que tal vez había llegado el momento de cambiar, de dejar atrás el esfuerzo, el silencio, la espera del monte, para tener un sueldo, una casa de cemento, una antena de televisión.

No los juzgo. El hambre persuade, y cuando alguien llega con la sonrisa ancha y la cartera llena, es difícil recordar las lecciones antiguas. Es difícil sostener la duda cuando lo que se ofrece parece alivio. Al contemplar los troncos señalados con pintura roja, al escuchar el rugido persistente de la motosierra y al sentir cómo el aire vibraba con cada árbol que caía, comprendí que aquel gesto abría una herida profunda, destinada a latir bajo la corteza de la tierra durante mucho tiempo.

Me replegué en silencio, preservando mi integridad con la espalda erguida y la mirada limpia, manteniéndome al margen de compromisos ajenos y de sus ofrecimientos.

Al principio me respetaban, luego me evitaban, después me desconfiaron, y finalmente, decidieron: quien no está con nosotros, está contra nosotros.

Así empezó la grieta entre nosotros. Entre quienes aún rezaban y quienes ya no, entre quienes sabían esperar y quienes olvidaron cómo, entre quienes sentían a la selva como madre y quienes comenzaron a verla como mercancía.

El precio de aquella negativa brotó en el silencio de una noche en llamas, cuando el fuego abrazó el primer poblado y luego se extendió a los demás, encendiendo el miedo en cada corazón y arrancando de raíz nuestro lugar en la tierra.

Encendieron el fuego y nos forzaron a elegir entre quedarnos a morir o salir para salvarnos.

Y aunque nos fuimos, aunque bajamos la cabeza y vagamos lejos, yo no olvidé. Porque hay cosas que pueden arrancarte, pero no pueden arrancar lo que eres. La raíz sigue viva, aunque la hayan querido enterrar en ceniza.

LA NOCHE DEL HUMO

Fue una noche espesa. Sin luna. Con el cielo encapotado y el aire denso. La oscuridad no bajaba del cielo: subía desde el suelo mismo. No había señales visibles, pero el cuerpo lo

Tierra roja

sabía. El pecho latía raro. El monte estaba en silencio. Demasiado. Los animales se habían escondido. Las hojas no se movían. Todo era espera. Alerta.

El primer disparo no fue un trueno. Fue un golpe seco. Corto. Preciso. Después, otros. Más cerca. Más seguidos. Más certeros.

No hubo tiempo para más. Las manos buscaron a los niños. Los ojos intentaron trazar una salida. El humo ya estaba allí, cerrándolo todo.

Irrumpió un fuego repentino desde las entrañas del monte, una furia alimentada por siglos de rencor que avanzó devorando primero los bordes, luego los techos de palma y, al fin, los corrales donde dormían las gallinas, transformando el aire en un rugido de llamas.

Todo gritaba en ese avance incontrolable: el gallo huyendo con las plumas chamuscadas, el perro corriendo sin rumbo, el humo tragándose los senderos.

No pensé en mí, no pensé en lo que dejaba atrás, en la ropa, en los papeles, en la semilla de maíz que mi madre guardaba como un tesoro; pensé en los pequeños, en sus ojos abiertos, en sus cuerpos delgados temblando de miedo, y en esa voz que me salió firme desde lo más hondo, esa voz que les indicó por dónde correr, cuándo agacharse, hacia qué parte del monte debíamos huir para no ser consumidos también.

El miedo no era nuevo. Habíamos aprendido a convivir con la amenaza, con la sospecha, con la certeza de que nuestra forma de vivir molestaba, de que éramos estorbo para los que querían saquear sin preguntar; pero esa noche, al ver el cielo encendido, al sentir el calor persiguiéndonos aun después de alejarnos, supe con amarga claridad que no habría retorno posible.

El dolor brotaba de algo más hondo que las casas convertidas en brasas o el susurro cargado de temor: era la grieta silenciosa que se abre cuando el latido común se disipa, cuando la confianza se desvanece en el polvo de los caminos y el hogar —antes firme en su abrazo— deja de responder al llamado de quienes lo habitan.

Avanzamos con pasos resueltos, llevando el dolor como un susurro en el pecho, conscientes de que mantener la mirada en el horizonte alimentaba nuestra determinación y convertía el impulso constante en el antídoto más poderoso contra el miedo. Había que avanzar, aun sin saber hacia dónde, aun si el único faro era mantener a salvo a los más pequeños.

Guío a los niños uno por uno, con voz baja y brazo extendido, tratando de mantener el paso firme mientras sus cuerpos delgados se aferran a mi falda. No sé a dónde vamos, pero sigo,

Tierra roja

porque el horizonte es salvarlos, es mantenerlos vivos, es alcanzar el amanecer con todos respirando.

Vuelvo para ayudar a mi madre, caída sobre la tierra húmeda, el rostro cubierto de ceniza, el corazón herido por lo que ya no verá. La levanto con ternura, con urgencia, con esa fuerza que aparece cuando una hija se convierte en sostén, cuando no se pregunta de dónde viene la energía porque simplemente está, porque es imprescindible, porque si no se tiene, se inventa.

Partimos ligeros de ropas, utensilios, amuletos y provisiones, portando en cambio la herencia viva de la seguridad que forjamos durante años y el aliento de los abuelos resonando con cada paso, conscientes de que el verdadero sustento viaja en la memoria y late en el pulso compartido de quienes avanzan juntos hacia lo desconocido. Y, sin embargo, lo que más duele no es lo que el fuego consume a la vista, sino lo que se lleva sin dejar rastro: los altares de piedra, los nombres antiguos, los cantos de siembra, los dibujos grabados en la madera, los surcos abiertos por generaciones que escuchaban el cielo antes de sembrar.

Porque una casa se reconstruye. Pero cuando arde una forma de vivir, cuando se rompe la red invisible que nos unía al monte, al agua, a la palabra, entonces el exilio es del alma. Es un arrancamiento sin bordes. Es una pregunta que se queda sin respuesta.

Y aun así caminamos. Porque había que hacerlo. Porque los niños necesitaban salir del humo. Porque aún con el corazón roto, había que seguir respirando, aunque el monte que nos acogía no fuera ya hogar, sino testigo.

Desde la cima del cerro, donde el aire empieza a limpiarse y el humo se despeja lo justo para dejar ver la silueta roja del fuego extendiéndose, me detengo. No digo nada. El cuerpo está exhausto. La mirada se clava en el horizonte que hasta hace unas horas era nuestro hogar, y ahora es sólo un resplandor que lo devora todo.

A mi lado, los niños duermen, vencidos por el cansancio, con los brazos enlazados como ramas jóvenes que aún no saben sostenerse solas. Mi madre respira hondo, envuelta en su rebozo, sin lágrimas, como quien ha aprendido que hay dolores que no se nombran y que sólo queda permanecer.

Miro hacia abajo, hacia lo que fuimos, hacia lo que arde, y aunque una parte de mí siente que algo irrecuperable se ha quebrado, otra parte, más callada, más profunda, permanece firme. Porque dentro de mi puño, cerrado desde el inicio de la huida, protegido como se protege a

Tierra roja

un recién nacido, llevo tres semillas de ramón, recogidas días antes, cuando aún creíamos en la próxima siembra, en la próxima cosecha, en la próxima canción.

Las sostuve con firmeza mientras corría, al escalar la pendiente y bajo el calor que abrasaba mi espalda y las lágrimas que empañaban mi mirada, aferrándome a ellas con la certeza de custodiar una historia destinada a permanecer viva. Porque en su pequeñez áspera late aún el recuerdo de los árboles altos, de las hojas generosas, de los frutos silentes.

Mantendré estas semillas conmigo, ancladas en la firmeza de mi puño cerrado, acogiendo en su interior la fuerza de un latido perpetuo, un hálito íntegro que resiste en silencio y que, llegado el instante propicio, despertará de nuevo para ascender con esperanza hacia la luz.

LAS MANOS DEL MONTE

Entre la maleza espesa y la tierra erosionada que el agua ha ido desgajando lentamente, hemos levantado un refugio que no aparece en los mapas ni necesita permiso para existir, un espacio nacido del respeto: palos cortados con cuidado, sombra tejida con hojas de palma, bancales humildes donde cada brote es cuidado como a un hijo pequeño, con la certeza callada de que todo lo que se protege con amor, más temprano que tarde, encuentra la manera de crecer.

Nuestra riqueza brota de nuestras manos curtidas por el trabajo y aún suaves al rozar una raíz tierna; de nuestras voces, que se elevan en cánticos ancestrales para invocar los nombres de las plantas que anhelamos ver renacer; y de nuestras memorias, que guardan el saber de injertar un tallo, de mezclar ceniza y cáscara para crear un sustrato fértil y de envolver las semillas en hojas de plátano para despertar su humedad con paciencia

Aquí no mando, aunque me escuchen; aquí coordino, pero también aprendo. Porque he comprendido que la fuerza verdadera no nace de una voz sola, sino de la suma de todas las voces que, incluso después del incendio, han elegido seguir diciendo que sí, que vale la pena, que aunque todo haya sido arrasado, aún hay esperanza mientras existan mujeres que germinan esquejes, niños que riegan con baldes de latón, ancianos que, con la paciencia del tiempo, enseñan qué plantas se buscan y cuáles se evitan.

Y al cerrar el día, sentados en círculo con las manos impregnadas de tierra y los pies cubiertos de polvo, la calma se posa en nuestros pechos, el valor ilumina nuestras miradas y la esperanza florece en el murmullo compartido de nuestras voces. Hay una calma profunda,

Tierra roja

una alegría que no hace ruido, como si cada hoja nueva, por pequeña que sea, fuera una respuesta silente a quienes quisieron convencernos de que ya no había nada por lo que luchar.

Porque lo que nos sostiene no es la idea de vencer, sino este gesto constante de volver a sembrar. Una y otra vez, con la conciencia de que quizá no veremos renacer el bosque entero, pero con la convicción de que cada planta que crece es una forma de justicia, una forma de decir que seguimos aquí, que no han podido borrarlos, que el monte, con nosotras, también resiste.

El niño se acerca con el paso firme de quien ha aprendido a caminar descalzo sobre la tierra caliente. Lleva la frente perlada de sudor y las manos cuidadosas, como si sostuviera un secreto frágil. Al llegar hasta mí, sin decir mucho, me ofrece un pequeño brote de ceiba que ha encontrado junto al arroyo: un tallo delgado, con apenas dos hojas verdes, temblorosas, indecisas aún ante la vida.

Me mira con esos ojos que no han visto el monte intacto pero que lo sueñan cada vez que se recuesta en la hamaca; ojos donde todavía habitan todas las preguntas. Y me dice, sin timidez, pero con solemnidad, como repitiendo una frase oída en la noche: *"¿Este será el árbol que salve el bosque?"*.

Lo escucho. Y aunque podría hablarle del tiempo que necesita la ceiba para crecer, del daño sufrido por la tierra, de la lentitud con que vuelve lo que fue arrancado de raíz, guardo silencio. Porque hay preguntas que no piden respuesta, sino un gesto, una siembra, una ofrenda.

Tomo el brote con ambas manos, lo contemplo unos segundos como se contempla una llama que recién se enciende, y con la misma delicadeza con que se sostiene a un recién nacido, lo planto en una bolsa de tierra negra y suelta, preparada con compost, con paciencia, con amor. Cubro las raíces con cuidado, riego apenas unas gotas, y dejo la bolsita en el rincón donde la luz es la que se necesita para aprender a vivir sin miedo.

Entrego una palabra abierta, un espacio donde la semilla conserve su magia, libre de ataduras y de promesas grandiosas, para que crezca guiada únicamente por su propia verdad. Celebro la fuerza de ese brote como un acto de esperanza compartida, sosteniendo su luz intacta en el silencio fecundo de la tierra.

La esperanza se revela en un susurro apenas perceptible, tímida y delicada como la hoja que acaba de desplegarse al sol, y sin necesidad de gritos ni proclamaciones invade el aire cada mañana en torno al vivero. Es esa fuerza silente la que nos reúne antes del alba, la que impulsa

Tierra roja

el pulso renovador de nuestras manos al sembrar, la que infunde valor al primer corte de la tierra y al abrazo vibrante de la semilla con la humedad. En ese murmullo compartido germina la certeza de que siempre vale la pena volver a empezar.

Al final del día, cuando el sol se esconde tras las lomas y el aire se enfría con esa suavidad que anuncia la noche, nos reunimos bajo el gran almendro que aún resiste. No fue salvado, simplemente supo doblarse sin romperse. Y alrededor de él, con las manos manchadas de tierra, con los pies polvorientos, con los rostros cansados pero serenos, compartimos algo que no tiene nombre, que no se organiza ni se impone, pero que siempre aparece cuando el trabajo nace del corazón.

Bastan los cuerpos reunidos, las miradas limpias de quienes han sembrado con amor, la presencia sencilla de quienes, a pesar de todo, han elegido quedarse, volver, resistir desde el brote, desde el agua, desde la semilla.

Una de las mujeres mayores saca de su bolso unas hojas secas de copal. Las enciende con una rama ardida y deja que el humo ascienda lento, envolviéndonos con su aroma antiguo, con ese perfume que no solo limpia el aire, sino también los pensamientos. Como si pudiera arrancar con su danza azul todo el miedo que aún persiste, toda la tristeza que a veces vuelve sin avisar, toda la rabia que no queremos que nos amargue la raíz.

Y entonces cantamos en voz baja, como se canta una cuna, como se canta cuando se ora con el alma y no con las palabras, como se canta cuando lo que se desea no es cambiar el mundo de un golpe, sino recordarle, en silencio, que seguimos aquí.

La selva, que parecía muerta, comienza a responder con un murmullo leve que llega desde las ramas, desde el movimiento suave de las hojas, desde el crujido tenue de la hojarasca bajo los pies de algún animal que se atreve a acercarse, como queriendo unirse al canto, como comprendiendo que esta noche no es de luto, sino de espera, de renacimiento, de alianza.

Y así nos quedamos, con las manos sucias y los ojos limpios, rodeados por ese humo sagrado que nos recuerda quiénes fuimos y quiénes queremos seguir siendo. En silencio, respirando con la tierra, escuchando con el pecho, dejando que el monte, por fin, vuelva a hablarnos.

PLANTAR EN TIERRA ROJA

Tierra roja

Ha pasado un tiempo desde aquella primera vez. Hoy regreso al claro del inicio, al mismo lugar donde solo me atreví a escuchar, y ahora vengo con las manos llenas de brotes y decisiones.

El paisaje permanece. Los troncos siguen ausentes, las ramas rotas, la sombra de la ceiba aún no ha vuelto a extenderse sobre el suelo como un manto protector. Pero he cambiado yo, he cambiado en esa parte del alma que se transforma cuando el cuerpo ha conocido la pérdida y, aun así, ha seguido caminando.

Mis ojos despiertos al amanecer se alzan sin velo, abrazando la claridad que brota del presente; mi corazón, encendido por la confianza cultivada en gestos pequeños, late con la emoción serena de quien siembra vida cada día; y mis pasos, firmes y constantes, avanzan impulsados por la decisión de cuidar con palabras tiernas y manos generosas el futuro que germina bajo la luz de una esperanza renovada.

Hoy no he venido a recordar lo perdido, sino a honrar lo que permanece, lo que aún puede crecer, lo que ha esperado bajo la ceniza con la paciencia de las raíces que nunca mueren del todo, que solo duermen, que tan solo necesitan una señal, una caricia, una promesa.

Estoy aquí, en el mismo sitio donde antes hubo fuego, donde antes hubo fuga, donde antes se abrió un hueco como una ausencia. Estoy aquí para elegir, con el cuerpo entero, con la mirada abierta, con el corazón sin defensas, el lugar donde volverá a brotar la ceiba. No como símbolo de lo que fuimos, sino como anuncio de lo que todavía podemos llegar a ser.

Saco con cuidado el brote que criamos entre todas, nacido del primer esqueje recogido tras el incendio, el que sobrevivió a las lluvias, a las noches frías, a las dudas que nublaban el corazón, y lo sostengo entre las manos con esa reverencia que nace de comprender que hay cosas que no nos pertenecen, que solo pueden recibirse con humildad, con gratitud, con un silencio lleno de sentido.

La ceiba es aún pequeña, apenas un tallo firme con sus hojas desplegadas hacia el cielo como brazos que se estiran tras un largo sueño, pero en su fragilidad late una fuerza antigua, una memoria que no necesita ser escrita, un conocimiento que no se enseña con palabras, sino con presencia. Por eso la contemplo con respeto antes de plantar, porque sé que este momento no es solo siembra, sino pacto, reencuentro, inicio.

Con las manos desnudas, comienzo a abrir el hueco donde sus raíces encontrarán amparo. Y mientras la tierra se suelta entre mis dedos, húmeda, tibia, obediente, siento que no soy yo quien la prepara, sino ella quien se ofrece, como si hubiera esperado este gesto desde siempre,

Tierra roja

como si supiera que un día regresaríamos, que un día alguien vendría a recomenzar desde la raíz.

La ceremonia se ejecuta en la intimidad del gesto sereno, donde cada movimiento lento y cada puñado de tierra que acompaña el tallo expresan la solemnidad y la dignidad de un compromiso profundo; el aire se llena de presencia silenciosa y cada aliento que acompaña el acto confirma una confianza radical, una afirmación generosa que hunde en el suelo — con amor y sin rencores— la semilla de un futuro aún por florecer en una tierra siempre dispuesta a dar.

Mientras mis manos se manchan, mientras el brote queda firme y recto, siento que el calor que asciende desde el suelo no es solo el eco del fuego pasado, sino también el anuncio de la vida que regresa, del ciclo que se renueva, de una memoria que no se rompe. Porque lo que se cuida con ternura, incluso si se quema, siempre encuentra el modo de volver.

Me incorporo despacio, porque algo en mí desea alargar este instante, grabarlo en la piel, sentirlo con todos los sentidos antes de que se diluya en el tiempo como tantas otras cosas que fueron y ya no están. Al contemplar el brote erguido y sereno en el centro del claro, percibo que he sembrado algo más que un árbol: la esperanza que habla con gestos mudos, la decisión arraigada en el cuidado desinteresado y la promesa inscrita en la tierra húmeda, en la raíz tierna y en el silencio fértil.

El árbol todavía es frágil, y sin embargo se sostiene. Al mirarlo, con el sol tibio acariciando sus primeras hojas, entiendo que la verdadera fuerza no es la que arrasa, sino la que se ofrece sin ruido, la que persevera sin prisa, la que vuelve a empezar incluso cuando lo ha perdido todo. Por eso levanto la mirada hacia el cielo con un gesto de gratitud, como reconocimiento de que lo que somos nace también de lo que nos supera.

Con los pies firmes sobre la tierra roja, con las manos aún manchadas de siembra, susurro una oración breve en lengua maya escuchada desde niña en los labios agrietados de mi abuela, dicha en voz baja frente al fogón o bajo la lluvia. Una oración que no suplica, sino que agradece, que bendice, que reconoce, que se entrega.

Y entonces, no hace falta decir más, no hace falta mirar atrás. El árbol ha sido plantado. La tierra lo ha aceptado. El futuro ha comenzado en este mismo instante con una voluntad que se afirma sin rencor, con una vida que brota sin pedir permiso.

Tierra roja

Aquí concluye el relato, en este claro bajo cielo limpio, junto al brote que crece en silencio y nos recuerda que lo esencial nace con humildad, arraigándose en la tierra antes de elevarse al cielo.

Epílogo

Quizá el brote de ceiba que Jacinta plantó no sobrevivió.

Quizá sí.

Nunca lo sabremos.

Pero en el gesto de hundir la raíz en la tierra caliente, en ese acto sin testigos ni recompensa, hay una verdad que no depende del resultado.

Porque no toda victoria se mide por lo que se obtiene.

Hay victorias que consisten en quedarse. En recordar. En cuidar.

Y a veces —sólo a veces— basta con una sola semilla para que el monte empiece a volver.

Derechos de autor

© 2025 Xavier Dueñas

Todos los derechos reservados.

Este texto puede compartirse y circular libremente siempre que se mantenga íntegro, se cite al autor y no se utilice con fines comerciales.

Para usos editoriales, educativos o de adaptación, contactar al autor a través de su página web: <https://xavierduenas.es>